

José Ignacio Artillo

## **LEYENDAS DEL URBANISMO SALVAJE**

Texto aportado por la Plataforma Valencina Habitable como material de estudio en el Grupo III, ¿De qué manera inciden los mitos modernos -y sus símbolos creadores de identidad- en la configuración del espacio metropolitano? ¿Los recursos simbólicos al servicio del mercado?, en el marco del taller *Capital y territorio. ¿La construcción de un sueño?*, adscrito al proyecto *Sobre capital y territorio II* del programa UNIA arteypensamiento, Sevilla 2009.

En el Aljarafe todo se está transformando tan rápido, que no nos da tiempo a comprender el alcance de los cambios. Tampoco de adaptarnos a ellos. Hay un mundo que se desvanece, y se lleva con él lomas, arroyos, árboles centenarios, edificios o lugares simbólicos. También los usos. Esos cambios van dejando entre nosotros, historias de soledad, de apego o desarraigo. Historias de personas que quedan paralizadas o vagan sin rumbo. La vida no es un trazo recto, sin fisuras. Mientras los grandes caminos que se construyen para comunicarnos, tienen el efecto de destruir para siempre los territorios que atraviesan; las leyendas se cuelan por entre las rendijas de la realidad, para expresar el fondo de las vivencias de esas personas y decir aquello que ninguna otra cosa puede decir. Proceden de lo más profundo, y corren de pueblo en pueblo.

Estas son algunas de las historias que han surgido ante la capacidad de destrucción que el nuevo urbanismo está ocasionando en la comarca del Aljarafe, bajo la promesa de un bienestar que cada vez está más lejano. No son historias míticas, sino sencillas historias cotidianas, basadas en nuestra experiencia: los atascos, la nueva geografía urbana, la pérdida de identidad, el encarecimiento de la vivienda, los usos políticos. Son relatos que aparecen para sembrar la duda, para activar la conciencia, para pervertir la política, para alterar nuestra resignación; en definitiva, para recordarnos el engaño y el carácter ilusorio de la nueva verdad del Crecimiento. Hay muchas otras historias entre nosotros, aguardando expresar lo inesperado, y hacer visible lo invisible. Para inquietarnos y devolvernos la extrañeza y la rebeldía contra un mundo que nos viene impuesto, y cuyo orden no sólo se lleva gran parte de lo que somos sino que aumenta la injusticia y los desequilibrios sociales y ambientales.

A veces, en un punto extremo de presión, nuestro espíritu se repliega sobre sí mismo y surgen historias que expresan lo que vivimos. Entonces, una leyenda es el viento; le gusta ir flotando de un lugar a otro. Solo hay que poner el oído.

## Índice

- I Las rotondas encantadas**
- II El alcalde y las ondas de telefonía móvil**
- III El pastor y los amantes de la Vereda Real**
- IV La araucaria y la promoción de viviendas**
- V La historia de amor de la casa frente a la ermita**
- VI Un lugar en la bodega**
- VII La romería silenciosa**
- VIII El naturalista y los dólmenes**
- IX Los huevos de grúa en las lomas del Cerro Alto**
- X El manijero del Híper**
- XI La pareja que se quedó a vivir en un atasco**
- XII El zorro domesticado de Montijo**
- XIII La hipoteca salvaje del joven Matías Salazar**
- XIV Madonev**
- XV El sueño de Al - Xaraf**

## I

### Las rotondas encantadas

Las rotondas tienen un sentido misterioso. Empezaron a aparecer de pronto, en mitad de las carreteras, diseminadas como semillas. Tenían algo infantil en su forma circular. Aprendimos que había que darles la vuelta, como a un pañuelo sucio, y que por otros lados se incorporaban otros coches, con los que había que tener cuidado, y a los que decías adiós, adiós, hasta otra rotonda, o quizás no volvamos a vernos. Si seguías girando alrededor suya, eran como un hervidero de vehículos de metal, pero mareaban. A alguien se le ocurrió adornarlas. Y se arrancaron los árboles de los campos, se inventaron fuentes o se colocaban flores de Navidad, para que no nos sintiéramos solos en las noches de invierno. Los pájaros y las semillas las fueron ocupando. Hay quienes dicen que vistas desde arriba, las rotondas del Aljarafe tienen una lectura esotérica, un jeroglífico parecido al de los dibujos de Tampa, en Perú. Incluso, que su disposición es astrológica. No sé, a mí me dan algo de tristeza, sobre todo los domingos, cuando no pasa nadie, y las carreteras están soleadas, y parecen la concha vacía de un molusco en la arena.

Nicanor Cienfuegos, el cronista local de uno de los pueblos del Aljarafe vio una vez caer una estrella fugaz sobre una de ellas. O quizás fuera la vara de un cohete y su estela de fuego. Tampoco eso lo sé. Paseaba con su mujer, cerca de los campos y fueron hasta la rotonda. Encontraron una piedra oscura, que aún estaba caliente, y la pusieron como una maceta en la ventana de su casa. Su mujer dice que brilla en las noches de verano. Evaristo vio aquello

como una señal, algo que le decía que fijara su espíritu riguroso y científico en estudiar y clasificar las rotondas. Desde entonces centró su atención en ellas. Iba en su coche, con una brújula de su abuelo, y anotaba todo en su cuaderno de hacer cuentas. Recogió más de mil. A veces tenía la sensación de que cuando regresaba a casa, una nueva rotonda había empezado a hacerse. Pero no le importaba: inasequible al desaliento la anotaba, como a las anteriores. Anotaba todo. La posición, latitud y longitud, el tamaño de su circunferencia, las irregularidades del trazado, los viarios que desembocaban en ella, la flora y la fauna espontánea, la edad de la rotonda, los monumentos o incluso los usos que la gente le daba. Como aquella familia que gustaba asar salchichas a la parrilla en una rotonda y comerlas sobre un mantel de cuadros, mientras veían pasar los coches.

Nicanor dedicó el resto de su vida al libro, una obra inacabada, de saber enciclopédico, que tituló "Tratado de Rotondas y rotondillas. El rotondismo en el Aljarafe". A pesar de su espíritu, científico, reconoce en el último capítulo que hay dos rotondas que no puede clasificar según patrones lógicos. Una se encuentra en el enrevesado laberinto de Bormujos, Castilleja y Gines, en algún lugar que la cartografía sitúa de forma borrosa en un polígono industrial. Es una rotonda peligrosa, que todo el mundo evita. En ella no ha cuajado nada de lo que los operarios municipales fueron sembrando, solo matorrales y bolas de espino y polvo que ruedan de lado a lado, como la arena en las playas los días de levante. Cuando se

aproximan a ella, los coches se ven envueltos en una espesa niebla, y comienzan a dar vueltas y vueltas en círculo, sin encontrar la salida. En la niebla oyen cantos dulces y sensuales de melancólica belleza, que proceden del corazón de la rotonda. En su extravío, los conductores se sienten atraídos, y terminan chocando y varados en ellas. Las más de las veces, los conductores desaparecen y los coches son saqueados, y aquellos que regresan no son capaces de contar lo que han visto.

La otra rotonda no es posible situarla: dice Nicanor en su tratado que "la encontré de improviso en las proximidades de Mairena, y al regresar, aquella misma noche, ya no estaba. Y puedo asegurar a mis amables lectores, que no había probado ni un vaso de mosto. Al día siguiente la reconocí en las carreteras de Sanlúcar, y al otro después de una cerrada curva cerca de Almensilla. Juro por la memoria de mi abuelo, que llevaba aguardiente a lomos de una mula de pueblo en pueblo, que aparece de improviso en cualquier lugar del Aljarafe, está donde antes no estaba, un día sí y al siguiente no, como si se desvaneciera en el aire. Va y viene

sin dejar rastro. Después de haber seguido su pista durante semanas puedo decir que parece que se desplazara, como una de esas islas de san Bartolomé, y que se la puede reconocer porque sobre ella siempre hay una bandada de abejarrucos, como esas gaviotas que acompañan a los pesqueros allá donde vayan. Sorprende a los conductores, que no la esperan, y provoca tal pánico y desorden en la mente y en el alma que estos se arrojan a la cuneta, huyendo de los coches a través de los trigales, como alma que lleva el diablo".

Un día, muchos años después de haber iniciado su majestuoso tratado, Nicanor se sentó al borde de la carretera con su mujer. Pasó un autobús, tan cargado, que los pasajeros se amontonaban en el pasillo. Ella le habló entonces de la estrella fugaz que encontraron en la carretera. Sigue en la ventana de la cocina. Ahora está fría. Quizás era solo una piedra, y aquella noche estaba caliente por el sol del verano. Dijo la mujer, mientras él pensaba que aquella rotonda tal vez fuera de un lado a otro, porque tampoco ella encontraba paz en ninguna parte de aquella región confusa.

## II

### El alcalde y las ondas de telefonía móvil

Una mañana de primavera, un alcalde, al mirarse al espejo, se llevó una gran sorpresa. Su cara estaba algo borrosa, como si hubiera perdido carne, algo líquida, como piélagos o alas o membranas de insecto. En días sucesivos, cada amanecer daba un paso más: se estaba volviendo más

transparente, como si mudara la piel y la nueva fuera segregada, hilo a hilo, desde el interior de su conciencia. No sabía en qué acabaría todo. Cualquier cálculo aritmético para explicar algo que se sale de su norma, arrastra con él otro montón de posibilidades.

Como podéis suponer, desde entonces,

nada en su vida era normal, y cada pleno era un vodevil. La piel finísima, como de film, al trasluz dejaba ver todo lo que era por dentro, así como el devenir de sus pensamientos, que eran como grumos de densidad variable. De esa forma los asistentes a los plenos podían ver y comparar el interés real que le provocaba cada tema que se trataba; y exclamaban oh, ah, cuando veían ascender o descender los pensamientos más allá de la crisálida de su frente. Había gente que incluso se apostaba cada día, al atardecer, a la salida del ayuntamiento, para contemplar los efectos de la luz del sol al pasar por su cuerpo. La conciencia es algo borroso, hasta que sale fuera, como una naranja.

Pasado un tiempo, ese efecto provocó un cambio en su naturaleza más profunda, extendiéndose por secretos caminos desde su cuerpo a su alma, y a su ánimo; así, buscaba denonadamente la transparencia en todos sus actos, gustando de la claridad y lo diáfano. Fue tomado por loco, cuando una mañana se presentó en el Ayuntamiento y retiró el PGOU y los convenios que con anterioridad había aprobado con prisas y sin mucha información. Reunió a sus técnicos, y dijo que habría que desandar los pasos dados, y que, a partir de ahora, todo gesto habría de ser la expresión de la máxima transparencia. Muchos de sus funcionarios de confianza se trasladaron de ayuntamiento. Y sus colegas de otras corporaciones le hicieron el vacío: no soportaban tanta desnudez.

Aquella transparencia le había dado un aspecto leve y delicado, había perdido

automatismos al moverse. Ladeaba la cabeza cuando los otros hablaban y su presencia parecía un chorro breve que iba y se ausentaba, moviendo las manos con discreción, como si recorriera cortinas. Por aquel tiempo, aquel pueblo tenía en su término una gran aglomeración de antenas de telefonía móvil, y todos sospechaban que eran sus ondas las que provocaban aquella metamorfosis. Hasta vinieron unos científicos con aparatos muy raros que hacían piii, cuando lo acercaban al alcalde; y después contaron en un congreso que aquellas consecuencias de la telefonía móvil sería definitiva para el futuro de la gestión municipal. A los demás vecinos del pueblo, las ondas nos provocaban enfermedades raras, del cuerpo y del alma, o hacía que nos doliera la cabeza más de la cuenta, o nos alteraba el sueño, provocando vigiliadas saturadas de gallinas y animales fantásticos.

Una tarde el alcalde se asomó a un cerro, desde el que se veía toda la región. Parecía que las casas grises, y las masas de hormigón avanzaran cada vez con más rapidez, como lo hacen las tormentas de invierno, que vienen de la sierra descargando relámpagos y algo de tristeza. Entonces sintió una pesadez, algo tan incomprensible y oscuro en su corazón, que no podría contarle. Se quedó de pie, empujado por el viento, mirando los patos que cruzaban el cielo hacia las salinas del Sur, y parecía que en cualquier momento saldría volando arrastrado por ellos, en busca de la plena claridad, como una cometa reluciente de nailon y seda.

### III

#### El pastor y los amantes de la Vereda Real

Había una pareja de amantes que se citaban todos los años la noche de San Lorenzo en la Vereda Real, a la altura de Coria, para ver la lluvia de estrellas. Allí se encontraban con un pastor, que al atardecer volvía con su rebaño de cabras. Se saludan con un gesto silencioso; apenas una mirada y luego se desentienden. En la soledad de los campos eso es suficiente. Los amantes permanecían quietos, viendo como iba oscureciendo, en ese momento en que se unen el cielo y la tierra. Tan conmovidos y felices. No había nada más importante que hacer. Después, contaban las estrellas que iban cayendo, pedían deseos y se entregaban con deleite a los juegos secretos del placer. Casi siempre se perdían en el número de estrellas y pasaban de 74 a 47 con facilidad. La vida se hacía amplia, inusitada, con la grandeza que dan los campos, y que se manifestaba a través de los grillos, las hogueras lejanas de rastrojos, los ladridos de los perros de los cortijos y el aire caliente de la noche de agosto. Cuando llega la luz de la mañana se desperezan, se levantan, él le limpia a ella las briznas de la espalda y de las caderas, y al sacudir la manta, las perdices asustadas, levantan el vuelo.

Una vez, el cielo estaba sin una nube, como una mesa de cristal. Pasó el pastor y, por primera y única vez, se dirigió a ellos. "Han traído ustedes paraguas?", les preguntó. Los dos miraron al cielo y le dijeron que no hacía falta, de claro y sin viento que estaba todo. El pastor se encogió de hombros y siguió su camino. Como dos horas después, pareció que todo había dado

un giro sin motivo alguno, y empezó a tronar y a caer un aguacero tan grande que creyeron que sería para siempre. Se pusieron en pie para irse corriendo, cuando, de no se sabe donde, apareció el pastor con su paraguas, y les dijo que no se fueran, que pronto escamparía. Y los tres se metieron bajo el mismo paraguas de rayas de colores, en silencio, a ver llover sobre los campos. Desde entonces, cuando se veían en la lejanía, había una luz cómplice entre ellos, como un farol que ilumina un zaguán.

Un año, cuando llegaron a la Vereda y extendieron su manta, no pudieron ver las estrellas. No había nubes, pero el cielo parecía un pozo de agua turbia, amarillenta, estancada. Las luces de las viviendas y carreteras cercanas impedían cualquier visión. Era como si les hubieran robado algo cotidiano e íntimo, como un abrigo o porcelana de la despensa. Así que decidieron desplazarse más al norte, por la misma vereda, en busca de otro lugar más oscuro. Allí volvieron a encontrarse con el mismo pastor, con su sombrero de paja, que regresaba con sus cabras y les saludaba ceremonioso. Esa noche sí pudieron ver las estrellas, y creyeron que habían encontrado por fin un nuevo sitio. Y se besaron hasta el amanecer, como si comieran ciruelas. Pero al año siguiente tuvieron el mismo problema, y tampoco pudieron verlas. Ni al otro. Así que cada dos años, aproximadamente, desplazaban algunos kilómetros más su lugar de encuentro: fueron dejando atrás las viejas ventas, los molinos abandonados, los cortijos, la vaguada de Montijo, los tres puentes, el arroyo

río Pudio. Trazaban con sus movimientos un secreto camino sobre la tierra y en el cielo, una constelación enigmática y fugaz. Y siempre estaba allí el pastor, en soledad, regresando, desplazándose con ellos.

Los amantes y el pastor vivían en

silencio su complicidad migratoria: los pastos y las estrellas seguían el mismo curso, huyendo de la mano del hombre, buscando refugio. Otro año llegaron al límite de la comarca, y se perdieron en la lejanía, más allá de todo lo conocido, más allá de nuestras vidas.

## IV

### La araucaria y la promoción de viviendas

En una era de un pueblo del Aljarafe Norte había una araucaria centenaria, hermosísima, que era vista desde kilómetros a la redonda. Había gente que decía que un año le pusieron una estrella de Navidad en lo más alto, y que la araucaria se veía como un faro desde la costa, que está lejísimos y que es un mundo muy distinto al nuestro. No creo que fuera así, porque en ese caso habría atraído a los barcos o a las gaviotas, que son muy listas, y yo nunca vi nada de eso por aquí. Se decía que la había sembrado un viajero de regreso de Chile, y que detrás de la araucaria había una historia de amor.

Un día, los campos de alrededor fueron cubiertos por banderolas de inmobiliarias; y en poco tiempo crecieron los adosados de colores pastel. La araucaria quedó sobre la acera, pegada a una casa; parecía un perchero fuera de sitio. Su presencia señalaba otro tiempo y era vivida con extrañeza por los habitantes de la calle, que no lograban integrarla con naturalidad en sus ritos cotidianos. Los niños se hacían acompañar por sus familiares en las noches de verano, cuando pasaban cerca de ella para buscar a sus amigos. Las mujeres al

secarse el pelo no podían dejar de mirarla por la ventana del cuarto de baño, o cuando subían a las terrazas, a recoger la ropa limpia antes de que rompiera a llover. Si venían desde la ciudad en coche, la veían desde cualquier punto, levantándose por encima de los tejados, al final de la carretera; y era como si desvelara a todos el lugar en que vivían. No sabían si les agradaba o no. Pero ella siempre estaba ahí, como un centinela.

Una tarde alguien dio un grito, y llamó con nombre de pila a una mujer. María o Eva, no me acuerdo... Ven, corriendo. Mira, dijo. Y todos se pararon y se asomaron al patio. Las raíces de la araucaria, buscando la tierra más profunda en la que crearse espacio, habían comenzado a levantar las baldosas del patio y la de todos los patios de las casa próximas. Hurgaba, hacía túneles, exploraba el agua de las tuberías, como si tuviera vida propia. Durante días los vecinos pensaron qué hacer con ella, y al final se decidió cortarla: tanto su actividad telúrica, como su sombra y el deshoje de sus agujas doradas sobre los coches, tan limpios, molestaba a los vecinos. Al fin y al cabo, solo era un árbol, y solo sabía



hacer lo que hacen los árboles. Además, era mentira que se viera desde la costa.

Llegaron unos hombres con unas grandes sierras y la arrancaron de cuajo. Daba algo de pena, verla sobre un camión con las raíces colgando. A los niños les dijeron que la llevaban a un bosque, y que la plantarían haciendo un gran agujero para sus raíces. Pero los niños veían algo raro en aquella seriedad de los adultos, y abandonaron su jolgorio natural, y se quedaron inmóviles, presintiendo algo extraño. Cuando se la llevaron, mientras las parejas se abrazaban, dejó detrás de sí un olor a madera aromática y a humedad de la tierra, como solo huelen las cosas que proceden de lo más alto y lo más profundo.

Un tiempo nuevo parecía comenzar. Aparentemente, los vecinos se sentían tranquilos, fuera de la amenaza de la acción descontrolada de la araucaria. Y paseaban por la calle, saludándose de acera a acera y celebraban los cumpleaños con tartas de chocolate, y limpiaban los coches los domingos con mangueras que desenroscaban como serpientes. La vida era normal. Aunque, desde que arrancaron la araucaria, nadie deja las ventanas abiertas, y comen mirando a las paredes, y, cuando pasan cerca de su ausencia, miran al suelo, como quien no soporta ver una mutilación. Así, las mujeres con sus carritos, daban un pequeño rodeo por la acera, y los niños nunca dejaban sus bicicletas abandonadas donde antes estaba la araucaria. Parecía que algo de ella aún estaba allí, con su sombra y su leve certeza.

Pasado un tiempo, en todas las casas cercanas empezó a suceder lo mismo: las baldosas del patio volvían a levantarse. Tardaron unos días en reaccionar. Aquello no era comprensible,

dijeron los vecinos reunidos. Alguien ha hecho mal su trabajo, y dejaron raíces del árbol que hay que volver a cortar. Algunos juraron que vieron la araucaria arrancada con todas sus raíces, y que en su hueco no quedó nada. Pero como el ser humano necesita corroborar sus propias evidencias, se levantó el suelo y encontraron restos de raíces que seguían creciendo y explorando por libre la nutriente oscuridad. Vino un experto agrónomo, devastaron hasta la última brizna de yerba y se echó un producto químico para que no volvieran a crecer. Ya está, pensaron todos.

Una mañana, un vecino dormía a pierna suelta: soñaba con un camino nuevo para volver del trabajo. Empieza a darse prisa, casi vuela. Es un placer volver así. Despierta, le dice su mujer. "Estás soñando. Mira por la ventana". Se levanta y ve que el jardín se ladea, empujado por algo que procede de lo más profundo. En todas las casas sucede igual: la mesa de hierro parece un animal que se queda suspendido sobre tres patas, el tendedero cae cargado de ropa limpia. Y en seguida, en todas las casas, una grieta se abre camino hacia el interior, como si las baldosas fueran a levantar el vuelo, resquebrajando el suelo del dormitorio, mientras las parejas descansan.

Es un domingo por la mañana, y los vecinos andan descalzos por el jardín, como por una marea que sube velozmente. Nada está en su sitio. Ni los muebles, ni los vasos, ni el amor. Vámonos de aquí, se dicen unos a otros. Los zapatos esperan relucientes junto a la puerta. Todos se van. El lunes vendrá un agente de una inmobiliaria y colgará en todas las casa carteles rojos donde pone con letra muy clara "se vende". Detrás quedan los jardines levantados, los azulejos caídos. También queda el ruido bajo la tierra, ligero como de un

corazón latiendo, el ruido, cada vez más tenue, más tenue....

## V

### La historia de amor de la casa de la ermita

Una noche se conocieron en el bar del pueblo. A él le gustaban los chunguitos. Siempre estaba solo en un rincón, sin moverse, con el gintonic en la mano, y se balanceaba rítmicamente de lado a lado, cuando ya de madrugada le ponían los chunguitos. Ella apareció sola, a altas horas, cuando él había bebido bastante. También le gustaban los chunguitos, y terminaron bailando juntos. Al amanecer la acompañó, campo a través donde ella le guiaba,

“al pueblo de al lado”. Cruzaron entre los olivos abrazados, oyendo las lechuzas y mochuelos, y llevados por un camino de estrellas. Vivía en la casa vieja con un farol en el quicio, frente a la ermita del Rosario. Antes de llegar metieron los pies en un arroyo, y dijeron buenas noches a varios corrillos de casa puerta, desde las que mujeres y hombres les miraban. Después se besaron, ella le dio una foto suya y le prometió que al viernes siguiente volvería al pub, para encontrarse con él.

Estuvo toda la semana inquieto y cuando llegó el viernes se puso su mejor chupa de cuero. Y la esperó. Cada vez que se abría la puerta miraba impaciente. Pero pasaron las horas y ella no apareció. Tampoco lo hizo al viernes siguiente, ni al otro. Cuentan que él la esperó todos los viernes de un año. No sé: a él le parecieron muchos. Al final, un día, cuando cerraron el pub, se sentó aturdido en el borde de la acera y tras un momento de duda, decidió ir a buscarla al pueblo de al lado. Cruzó el pueblo e intentó ir en la misma dirección en que fue con ella;

pero era imposible: habían desaparecido el campo y el bosque de olivares. O quizás nunca estuvieron, y el amor había dejado en él la ilusión de un camino más hermoso. Dudaba a cada paso, como si se hubiera quedado dormido durante mucho tiempo y olvidara todo lo que conocía. Su búsqueda duró semanas. El pueblo con su arroyo para meter los pies, sus tertulias en la casa puerta y sus buenas noches, parecía haber levantado el vuelo y una ciudad nueva había caído sobre nosotros.

Al final encontró la ermita con un cartel grande que rezaba: “Este inmueble ha sido adquirido por el ayuntamiento. Un pueblo milenario”. La calle entera había sido echada abajo, y se construían bloques de pisos. No se veía a nadie. Solo una anciana que barría la acera. Podría preguntarle enseñándole la foto, y quizás ella le dijera que esa era su nieta que murió hace años. Entonces, esta sería una historia de fantasmas, de un hombre que se enamoró del fantasma de una chica que murió joven, y visita los pubs del pueblo el primer viernes de cada mes. Pero todo es más previsible. El pueblo ha sido borrado del mapa en un santiamén, y ella se ha ido lejos con su secreto. Tan rápido se borran los pueblos, que no da tiempo a asomarse a una barandilla y decir adiós. No dejan rastro de lo que eran; salvo las postales antiguas. Ahora es difícil ir detrás, y preguntar en todos lados si vieron pasar un pueblo, con sus calles de casas blancas y con una chica tan bonita.

Ah, sí! Claro que él sabe que con el tiempo esta calle que ahora construyen a toda prisa tendrá también su domingo con cielo azul, su hilera de pisos, su gato en los tejados, sus tiendas cerradas con candados, su anciana arrastrando los pies, y su chica que los viernes visitará los pubs para bailar. Los

edificios relucirán en primavera, pero algo en este mundo brillante parecerá viejo.

Se guardó la foto y regresó, lentamente, como un río confundido que fluye hacia atrás. Mientras camina, la puesta de sol ilumina suavemente los objetos abandonados en un vertedero.

## VI

### Un lugar en la bodega

Todos sabemos la importancia ritual que en la vida de nuestros pueblos tiene el primer mosto del año. Cuando llega octubre, como cazadores a la espera, se va a la bodega y se pregunta, hasta que un día alguien avisa que ya hay mosto, con el orgullo de quien ha sido el primero en descubrirlo. Algunas bodegas, empujadas por los nuevos tiempos en que todo debe estar ya, en cualquier momento, como los kiwis de Nueva Zelanda, juegan con nuestro anhelo del mosto, doblón del alma en otoño, y abren antes de que el vino esté en su punto de maduración.

Había una bodega en que la exactitud y la calidad coincidían y muchos acudían a ella, aguardando a que llegara su momento. El viejo Celestino, sentado siempre en el mismo lugar, junto a una ventana, era quien, solo con el olor, anticipaba y declaraba abierta la veda. Para Celestino la maduración estaba en el aire, en la luz del sol. No necesitaba probarlo antes. Y todos aceptaban su magisterio. Cuando se le veía con su botella de un cuarto, es que había llegado el momento. Celestino disfrutaba a solas del mosto, sentado siempre en su rincón junto a la ventana,

aislado de los otros, respetando el silencio del espacio, que solo era perturbado los domingos en que aumentaba el runrún de las voces. Había parroquianos que iban cada día y también bebían a solas, cada uno en una esquina, ensimismados, como esperando que el vino les revelara algún secreto, y abriera una puerta por la que todo dolor se fuera. Pero el vino solo daba su generosa brevedad, y luego los abandonaba, sin mediar palabra. Celestino apuraba el vaso, y volvía a dejarlo sobre la mesa, con su cerco de luz dorada, como una pequeña plaza soleada. Él era correcto; entre sorbo y sorbo, saludaba desde lejos, levantando el vaso a la altura de su cara ligeramente colorada. Daba gusto verlo saborear: el vino no tiene pasado, parecía decir en esos momentos.

A lo largo de los años, había aprendido a distinguir con precisión, qué vocoyes venían de las viñas que él conocía y amaba. Y Elías, el bodeguero, no le ponía otro mosto. Un año Celestino se levantó ceremonioso de su rincón, cruzó la bodega, y devolviendo la botella de un cuarto dijo con voz seria: dame el de todos los años. Que no Celestino, que

este es. Que no, Elías, no me engañes, soy viejo, pero no tonto. El bodeguero asintió. Apenas había cuatro personas asistiendo al diálogo. Celestino, es que lo traigo de otro sitio, de Córdoba... esas viñas que te gustan tanto, se cortaron este verano. El viejo Celestino no podía creerlo. En el minuto en que tardó en regresar a su silla de madera, brotaron dentro de él, como relámpagos del alma, las imágenes de las viñas tendidas o atadas con rodrigones, la luz dorada de las tardes de vendimia, el sabor del primer mosto en los días de octubre. La lengua se le secaba. "Este es turbio y dulzón. Abocaito. Vinos de poco cuerpo, destinados a picarse. Para los que vienen en chandal los domingos...". Fue lo último que se le oyó decir. Los días siguientes se sentaba en la mesa y rumiaba palabras sueltas. Cada vez

menos, hasta que terminó por quedarse callado, con los ojos fijos en la danza de motas de polvo suspendidas en los rayos de sol.

Desde entonces ocupa su mismo lugar, en silencio, sin beber. Se quedó quieto, como solidificado en la penumbra. Cuando llegamos, él ya está allí, sentado. Y cuando nos vamos, él se queda. A veces alguien le tira suavemente de la manga y le habla. Pero él nunca responde. Ni se mueve. No se sabe si está muerto, conservado por el aroma del vino en el suelo, por las emanaciones del alcohol que impregna la madera, por el aire avinagrado, por nuestro aliento que envuelve la nave. Quien sabe... Nadie se atreve a comprobarlo, porque da cierta paz que siga ahí, ahora que todo se ha ido.

## VII

### La romería silenciosa

La localización de esta historia es confusa. Baste decir que debe ser en algunos de los muchos lugares en los que había romería en el Aljarafe; pero nadie se atreve a fijarla con exactitud. Hace tiempo se inició un ritual. Cuando se terminó de recoger la cosecha, unos hombres y mujeres cruzaron los campos y, cargados de comida y bebida, llevaron la imagen de la virgen a una ermita, como forma de celebración y agradecimiento. Allí rieron y dijeron hermosas palabras rituales.

Desde entonces, se repitió de año en año. Los que iniciaron la romería fueron muriendo, pero el ritual y el camino habían quedado grabados en la memoria de sus hijos, y de los hijos de estos. Con el tiempo el pueblo fue creciendo. Primero poco. Después

penetró en todo el campo de los alrededores, y donde antes había olivar y caminos, se construyeron casas y calles y rotondas. Para ir a la ermita todo había cambiado. Tanto, que la romería debía cruzar durante horas avenidas, bulevares, calles con bloques de pisos. Aquel laberinto hacía que la romería avanzara en silencio. Con los caballos a reata, los romeros caminaban desconfiados e inseguros, sin dejar que los niños se separaran, y mirando sus reflejos en los escaparates de los locales comerciales. Tal como se mueven los barcos en días de calma chicha. Tanteaban de calle en calle, sin más ruido que el eco sordo que entre los pisos iban dejando la explosión de los cohetes. Incluso las bestias parecían desorientadas, como perdidas en una

niebla que se extiende desde la memoria. Una vez que salían del pueblo, y llegaban a la ermita, todos estallaban en júbilo, en cantos y gritos, como si hubieran cruzado un océano desconocido; y se repetía el ritual que legaron los antepasados con profundo agradecimiento, recuperando la naturaleza sagrada de la tierra y del

lugar.

Al atardecer se miraban unos a otros; limpiaban los campos, recogían los bultos sin decirse nada, llamaban a los niños y, reagrupándose, volvían a regresar en silencio, buscando las estrellas que les guiaran hasta la plaza del pueblo.

## VIII

### **El naturalista en el dolmen de cartón piedra**

Un naturalista recorría cada mañana los campos, buscando en las veredas yerbas y plantas que sirvieran para sanar los males de la gente del pueblo. A veces los niños seguían su figura, tan delgada que parecía salida de la niebla, y le cantaban canciones que a él le hacían sonreír. Él les contaba historias de la tierra, de los caracoles y del sol. Un día salió a buscar hinojo, y espinacas. Empezó a llover, y se estaba calando tanto que buscó refugio en un dolmen artificial que acababan de construir. Fuera tronaba, y hasta los pájaros se quedaron en silencio. Se llevó tres días y tres noches lloviendo sin descanso, y el agua corría por los cerros, como si hubieran venido los ríos a visitarnos.

El naturalista no se movió del dolmen, y se sintió tan cómodo en su interior, que decidió quedarse allí, a vivir para siempre. Aquel dolmen parecía una de esas estaciones de tren al final de una cadena montañosa o al borde del mar que no tiene continuidad, una estación final de trayecto. Estaba cansado y viejo, esa edad en que se aceptan con humildad el poder simbólico de las cosas.

Las paredes del dolmen eran de cartón piedra, y de pladul. Un espacio liviano y confortable. Un día puso visillos de flores estampadas, como si abriera una ventana. Sabía lo que era fuera, lo que era dentro. En sus alrededores solo había una explanada de hormigón, y un cartel que decía "Parque temático dolménico del calcolítico". Nunca venía nadie. Solo los gatos. Al amanecer, recorre los cerros cercanos, para coger plantas y lagartos, antes de que desaparezcan. Siempre se detiene en un cerro, junto a un ciprés. Desde lejos parece otro ciprés, tan alto y tan estirado, sumido en sus pensamientos. Hay quien dice que cuando llega la hora de volver, le salen plumas y que regresa volando. Pero yo nunca he visto eso. A partir de mediodía se refugia en el interior del dolmen, y prepara una sopa de col y come naranjas de la China.

Para el naturalista todo estaba casi perfecto en su quietud, hasta que un día, su vida se vio alterada por la voz de un charlatán que llegó hasta la explanada en que estaba el dolmen. El charlatán colocó una tela rosa en el suelo y sobre ella su chistera, y empezó a llamar a la gente. A la voz de "ali,

hop...” sacaba del sombrero, como un torrente, maquetas de edificios prodigiosos, lámparas maravillosas, azulejos con un sol pintado y otros objetos inservibles, y prometía cosas que nadie necesita. Antes de irse, se anima y dice: “Mírenlo, todo esto es magia salida del poder de la palabra... No me dejen solo, vengan otros días y verán obras mayores...”. Desde aquel día, con cierta regularidad, el charlatán aparecía en la explanada, preparaba sus trucos y cuando llegaba el público, los repetía. Incluso llegó a decir que el dolmen era su mejor obra. Al naturalista le molestaba aquella presencia, aunque era como si vivieran en hemisferios distintos, uno era liso y claro, dominado por la exactitud; el otro estaba averiado en su incontinencia, como una cisterna. Un día, con el cuchillo y el tenedor preparados y la servilleta anudada al cuello, se asomó el charlatán a la boca del dolmen y se encontraron; se miraron

como enfadados, antes de que cada uno siguiera su propio camino, para nunca más encontrarse. En los viejos tiempos, con una vara de fresno, podría hacer que un charlatán solo dijera palabras verdaderas, y luego se contaba el prodigio en las plazas de los pueblos. Pero todo ha cambiado, y hasta los fresnos de la ribera del Guadiamar languidecen enfermos.

Desde entonces solo sale cuando está seguro de que nadie lo va a ver. En las noches de verano se escucha al viejo naturalista escribir signos en las paredes del dolmen y dibujar plantas y especies que están en vías de extinción, y son beneficiosas para nosotros. Alguien encontrará estos dibujos cuando pasen cientos de años.

Si no fuera por él, en el dolmen solo habría arañas, tendiendo sus redes entre las farolas y los árboles oscuros.

## IX

### Los huevos de grúa en las lomas del Cerro Alto

Es un misterio la proliferación de la familia de las grúas en Espartinas. Tanta capacidad especulativa no es posible en el ser humano, ya que está claro que nadie iba a querer levantar la tierra y el paisaje para siempre, poniendo en peligro nuestros recursos. Así que abundan las especulaciones sobre el tema. Se cuenta que hubo unos niños que jugando en el Cerro Alto, encontraron una piedra grande con aspecto de huevo fosilizado. Durante varios días iban a verla, convencidos que se trataba de una cría de dinosaurio. Una mañana temprano, uno de los niños

oyó un ruido, como si dentro sonara toc-toc; vio resquebrajarse lentamente el huevo, como una membrana, y de su interior salió, envuelta en una masa gelatinosa, una pequeña grúa. El metal, aún con una presencia débil, iba poco a poco tomando cuerpo y formándose. Escondido tras un arbusto, el niño presenció como otras grúas se le acercaban, e inclinándose le limpiaban el acero; hasta que fue una cría pulcra, como de lamerla, pulida hasta el brillo, lista para hincar el diente. Una cría que empezaba a desplazarse, primero titubeante; en poco tiempo, con

firmeza. A nadie contó su hallazgo, pero, desde entonces, hacía un seguimiento, anotando en un cuaderno cuanto veía.

Una noche de primavera escuchó a través de la ventana, sonidos de cables, gemidos, y un entrechocar de hierros. A cualquiera le parecería que era el viento, que movía las cabezas de las grúas. Pero él sabía que no, así que se levantó y se fue al Cerro Alto. Lo que

vio no lo olvidaría jamás: las grúas berreaban y cabeceaban bajo la luna. En una especie de danza ritual, se separaban para volver a chocar, hasta que una de ellas se hacía con el centro del cerro y las otras aceptaban su dominio. Después, las grúas se entrelazan y aparean en silencio, y se montan con ternura unas sobre otras, mientras la luna roja va cayendo sobre la tierra.

## X

### El manijero del Hiper

Hay dudas del lugar en que sucedió esta historia, pero parece que está centrada en el área de Castilleja, Bormujos, Tomares, San Juan. Había un manijero que desde zagal fue al campo con su abuelo y su padre. Era muy observador, y, con rapidez, lo aprendió todo de ellos; así que, con el tiempo, con solo ver un olivo, era como si viera un rostro en el que reconocía su historia y las heridas del alma. Si es que los olivos tienen alma, que es algo que nadie sabe... Además de su conocimiento de los árboles y sus frutos, también tenía don de gentes; por lo que pronto fue manijero: era preciso en sus órdenes, sabía elegir los tiempos, repartía bromas y traía melones los viernes de octubre, para calmar la sed; y cerveza, el último viernes de mes, para alegrar la vida del tajo.

Con el tiempo, todo el término municipal fue vendido, estacá a estacá, para construir viviendas, y todos los olivos fueron talados, en nombre del desarrollo económico. Se quedó sin trabajo, y los responsables políticos le prometieron

que tendría empleo, uno mejor y más cómodo. Se acabó el campo, le decían. Ha llegado el progreso para todos. Después de verse con un responsable de recursos humanos de un hipermercado que se acababa de instalar en la zona, le dieron un modesto puesto como encargado de reposiciones en el hiper. A su vida le habían dado la vuelta como a un calcetín. El primer día con su bata blanca de grandes botones de plástico, le dieron un vehículo con el que se desplazaba con gravedad, trayendo y llevando yogures y latas de conservas, en medio de la luz blanca y aquel olor inconfundible y algo agrio.

Al principio todo parecía ir bien. Era cumplidor, aunque algo callado. Pero pronto empezó a malhumorarse, y a hablar solo. Sus jefes le exigían mucho y daban órdenes con palabras que no entendía bien. Quizás la luz fluorescente, tan blanca, hacía que el trato no fuera el de los campos. Esto es una multinacional, aquí hay que espabilar, que los otros aprietan, le

decía su jefe, un joven pulcro y aseado que olía requetebién.

Una mañana del mes de noviembre, llegó antes del amanecer y esperó en la puerta a que le abrieran. Se oía el viento silbando que venía desde los campos, de muy lejos, y como a través de una ventana desvencijada penetraba en su cuerpo, y hacía y deshacía las formas de su corazón, como si fueran dunas. Hacía frío. En algún sitio era tiempo de marojar. No sabemos cuando se enciende el interruptor que nos devuelve la luz de un gesto olvidado. Pero así sucedió. Cuando entró, se paseó por los pasillos, analizando la situación, y con un hacha, con precisión de marojador, fue cortando de forma delicada los brazos de todos los maniqués de la sección de ropa, las ramas de todas las plantas de la sección de floristería, y las del primer árbol de una adelantada Navidad. Sus

movimientos eran sencillos y naturales; como nacidos del reclamo secreto del ciclo de las cosas. Después lo apiló todo, junto a la sección de congelados, les prendió fuego, abrió 10 melones con etiqueta de Mauritania para ofrecérselos a sus compañeros, y se fue calentando las manos. Un trago de aguardiente y al tajo que el sol se va pronto, decía a quienes se acercaban y le miraban atónitos, sin saber qué hacer. Sus ojos estaban serenos, con la quietud de un cumplimiento; y solo había señal de algo raro, en el extravío y el desorden de quienes miraban la escena.

Hoy hizo todo lo que debía hacer.

Al anoecer todos volverían a sus casas y comentarían lo sucedido.

El cielo estuvo oscuro todo el día. Soplaban viento del oeste, no dejó de soplar en algún lugar sobre los campos de olivos.

## XI

### **La pareja que se quedó a vivir en un atasco**

Una mañana de lluvia una pareja se subió al coche para ir a trabajar, como un día cualquiera. La fila de vehículos era interminable, y aprovechaban el tiempo para discutir, de forma distraída, si poner escayola en el salón de la casa. Ella se quedó un momento en silencio, en un estado hipnótico, como llevada por el movimiento del parabrisas, e inició una conversación aparentemente absurda, que quiso que durara para siempre: "Los coches con matrícula que suman 8, abundan". Al rato él comentó que suelen conducirlo hombres. Y mujeres los que suman 6. El pensamiento funciona como un imán

que nos agarra a las cosas. De por vida. Sintieron una extraña calma. La fila de coches no se movía. Se oía el tic tac del reloj y las gotas de lluvia sobre la carrocería. Una agradable penumbra los envuelve. Quedémonos aquí hasta que pasen las lluvias, dice ella con una mezcla de miedo y ternura. Y siguen mirando a través de la luna delantera la vida de los otros en aquel gigantesco atasco. El hace cálculos del tiempo que se dedican cada día a vivir en el atasco, y comprueba que es mejor no querer salir. Desde entonces no abandonan el atasco, y van y vienen con suavidad por él. A veces él se repasa el afeitado en el



espejo, mientras ella cambia de marcha. Son señales de que todo va bien. Como reconocer de un día para otro a los vecinos de coches y saludarlos sonrientes. Nunca han vivido una intimidad así, tan liviana. Cuando están cansados, salen fuera y estiran las piernas; y si hace viento vuelan los plásticos delante de los coches, como palomas. Pero vuelven pronto. En el atasco no hay insectos, y se acarician con naturalidad. También han encontrado efectos beneficiosos inesperados: cuando pasan por el kilómetro 4 de la A-8077, al tomar una curva a la izquierda, a ella, la vértebra L-5 le encaja y se le mejoran las molestias que arrastra desde hace años. Ese alivio le llena de gratitud. Los domingos son el único día con algo de

inestabilidad: sienten una cosa en un momento y otra al siguiente. A primera hora todo está vacío, y se oyen los pájaros, y eso da miedo. Pero pronto empiezan a aparecer los coches, y al atardecer les gusta ver los rostros de la gente extasiada, bajando lentamente a la ciudad, oyendo los resultados del fútbol. Cuando llega la mañana del lunes, el pecho se les llena de una rebosante tranquilidad, y de la certeza de que el mundo está bien hecho. Alguna vez pensaron en mudarse de atasco; pero pronto desistían: aquellas carreteras del Aljarafe Norte, cada vez con más viviendas y más gente, eran una garantía de estabilidad: y, quien sabe, en otro sitio, la vida, en cualquier momento, puede volverles a flaquear...

## XII

### **El zorro domesticado de Montijo**

En la vertiente norte de los cerros del Aljarafe abundaban las eras y las huertas. A veces los zorros descendían buscando agua o comida, desde la sierra, campo a través, y eran vistos por los vecinos como presencias fatuas que cruzaban los campos. Un hombre, ya mayor, tenía allí un terreno, una pequeña era con un corral con gallinas y una huerta con tomates o patatas sembradas, según la época. Era su entretenimiento, y allí se entregaba a la paz que nos da el cumplimiento de los ciclos de la vida.

Una tarde, estando sentado; vio llegar un zorro. Olisqueó el aire, dio una vuelta alrededor del corral, y los dos se quedaron mirando, el uno al otro, a prudente distancia y sin hacer

movimientos extraños. Al día siguiente, a la misma hora, el zorro repitió la operación, y así durante varios días. Otra tarde, el hombre le puso una lata con leche y pan duro desmigado. Era un zorro viejo. El zorro comía con una pata levantada y sin dejar de mirar de reojo. Así se repitió durante todo el verano. Se hacían compañía.

Al llegar el otoño, todas las tierras de la zona se vendieron o se expropiaron, para hacer 864 viviendas. También aquella era. En poco tiempo se hicieron las calles, se colocó el alumbrado y las conexiones de alcantarillado. Todo estaba dispuesto. Sin la huerta y su corral, el hombre se refugió en su casa, salía poco, y cuando lo hacía, huía de los grupos de personas que charlaban

en los portales, y se quedaba mirando a los árboles y a los niños, que jugaban en las plazas. Utilizaba para vivir aquello que le rodeaba y estaba al alcance de la mano; la ventana de su casa, el cigarrillo entre los dedos, la lluvia y los pájaros, el café en la vieja taza de latón. Así es como perduraba la vida, en las pequeñas cosas. De vez en cuando llegaban al pueblo noticias de zorros desorientados y hambrientos que se atrevían a cruzar el pueblo; e incluso contaron que uno había entrado en la Casa de la Cultura, con el consiguiente jolgorio de los niños y el natural miedo de los artistas.. Cuando escuchaba aquellas historias, él se acordaba del zorro de la era.

Una noche de invierno el viento bate las ventanas de madera. Le parece oír gemidos en la puerta. Se acerca lentamente, porque le duelen las rodillas, y abre. El zorro está allí. Lo mira por un momento, y le habla. El zorro le lame la mano y como si conociera la casa desde siempre, entra y se tumba junto al brasero. El hombre le prepara leche y pan desmigado. Al día siguiente salen a pasear por el pueblo. Deja el tazón vacío, la cuchara sobre la mesa, y el día pasa, y cae la tarde sobre el tazón vacío, en la casa vacía, mientras la lluvia de otro tiempo llama a la puerta, y ellos se mojan, como los sauces, y se acompañan en silencio, en un banco de la plaza.

### XIII

#### **La hipoteca salvaje del joven Matías Salazar**

El joven Matías Salazar había tenido mala suerte. Hace años, la campaña publicitaria de los partidos se había basado en construir y hacer promociones inmobiliarias, para que hubiera viviendas para los jóvenes. Pero él pertenecía a la tercera generación de esos jóvenes. Para ellos no había vivienda y las promociones inmobiliarias habían encarecido sobre manera el suelo y el precio de la vivienda. Ahora tener casa era casi imposible. Endeudándose de por vida con una hipoteca, pudo comprar una vivienda en una promoción de su pueblo y se fue a vivir allí.

El joven trabajaba mucho. Cada día hay más competencia. A pesar de ello se sentía feliz. Un día, al volver del trabajo, la sangre se le heló al mirar desde la cancela de su casa: había un tigre

reluciente en el jardín. Merodeaba y daba vueltas, como lo haría un gato. Se asustó mucho, porque aprecia lo cotidiano, y tiene miedo de las sorpresas. Miró a un lado y otro de la calle. Es una calle estrecha con naranjos, y adosados, con un pequeño patio; pero como casi siempre todo estaba vacío e inmóvil. Ni las moscas se mueven. Parecía un poblado fantasma. Fue al pueblo, con su maleta plateada a cuestas y lo contó. Tengo un tigre en el jardín. Pero nadie le creyó. Regresó, y al verlo de nuevo pensó "por qué me tiene que suceder precisamente a mí". Decidió callárselo, y en un momento de distracción del animal, cruzó el jardín y entró corriendo a la casa. El tigre no hizo nada por seguirlo, lo miró con curiosidad y algo de benevolencia. Desde la ventana, le arrojó la comida

que llevaba y la fiera se entretuvo en devorarla al sol, ignorándole.

Cuando llegó la mañana, se asomó por la ventana esperando que todo hubiera sido un sueño, pero el tigre seguía ahí. A partir de entonces, el uno se acostumbró al otro, y se aceptaban sin interferirse. Algo exótico puede llegar a ser propio, como de la familia. Nos sucede con los jarrones de Taiwán, y con los tigres. Todos los días le traía comida. Pollo frito, carne del almuerzo. Incluso pastel de manzana. Un festín. El tigre, hambriento y agradecido, rondaba la casa a cualquier hora, y se asomaba a las ventanas de las habitaciones, apretando su hocico y sus grandes bigotes contra los cristales; y se restregaba contra la puerta para

recordarle que estaba ahí. Él entonces tenía que arrojarle comida, que era la única forma de calmarlo.

Con el tiempo se enteró que a cada vecino su hipoteca se le había convertido en un animal salvaje, una exótica fauna que devoraba todo cuanto le echaban. Así, al pasear por aquel barrio de adosados, pueden verse en los jardines leones tendidos a la sombra de sauces llorones o jabalíes que dormitan bajo cerezos en flor. Como él, todos los vecinos habían conseguido aquella casa con una hipoteca de 30 años. Pero él, como los otros, cada mañana, al cerrar la puerta, siempre se dice que el año que viene, por estas fechas, todo será diferente.

## XIV

### Madonev

Madonev estaba sentada en su azotea. Se ha sentado para ver pasar las estrellas. Le explica a su hija que cuando aparece la Vía Láctea el cielo muestra sus mejores galas. El cielo está inmóvil, como un cuenco de barro, y son las estrellas las que se mueven. Debajo pasan los coches y se ven los edificios, los letreros de neón de los comercios. Madonev se deja abrazar por la noche de verano. Antes aquí había campos de olivo, que llevaban hasta la orilla del mar, y el mar azul, como una escala descendía por la costa de África hasta Annobon de Sao Tomé, la tierra en que nació. El marido de Madonev, un pescador de la familia de los yedambo, se ha quedado en Annobon, junto al mar, cuidando la casa, y algunas tardes se asoma para mirar de donde viene el

viento. Todo está unido, pero nada se toca.

Esa noche su hija le dice ay, madre Madonev, quiero tener un televisor en casa, como las otras niñas. No hay forma de que ella mire hoy las estrellas. A la mañana siguiente es sábado y Madonev, no trabaja. Cuenta en la cocina las monedas de su tarro de miel, se viste con sus mejores galas de colores, se pone un pañuelo en la cabeza, y le dice a su hija que se levante para ir con ella a por un televisor. Madonev y su hija han de cruzar una autovía de cuatro kilómetros para llegar hasta el centro comercial. Por el camino ríen como si fueran de fiesta. Antes aquí había un río, lo secaron y construyeron carreteras y

casas. Dice Madonev, que lo explica todo. Espera junto a un semáforo como si fuera un chopo, y, cuando se pone verde, llegan hasta el centro comercial y compra el televisor. Cómo lo llevaremos, dice su hija, viendo como los coches de la gente rebosan con bolsas de compra. Ay, Madre Madonev, aquí hace falta un coche para hacer cualquier cosa. Madonev coge el televisor y lo pone sobre su cabeza, como un cántaro.

Allí va Madonev, por la autovía con el televisor sobre la cabeza, andando tan bonita que nadie podría creerlo; y su hija detrás. Muchos la miran. Incluso uno se para y abre la ventanilla y grita

“me sacáis de quicio...”. Pero Madonev y su hija se miran y ríen. “Quien sale de un sitio, ha de saber volver, pequeña Macús”, dice a su hija. Cuando llegan a la casa, Madonev vuelve a la azotea a mirar las estrellas, y su hija sube y le dice que el televisor no funciona. Madonev y Macús comen huevo de ganso y miel, hasta saciar su hambre. Después, vuelve a coger el televisor en silencio y a cargarlo sobre su cabeza. Salen a la calle, como si fueran a por agua. Oh, Macús, dice a su hija que le mira sorprendida. “El hijo del viento fue primero un animal, y después se hizo hombre, y después ave, y solo desde entonces, él es el único que va a todos sitios volando”.

Cuando llegan al centro comercial, devuelven el televisor. Todo el mundo les mira, y vuelve a cargar el televisor nuevo sobre su cabeza. Mirad, es Madonev que vuelve, dicen las mujeres que la ven regresar. En el camino vio pasar las nubes negras, que se

desvanecieron, aunque lejos relampagueaba, y la luz violeta se reflejaba en la pantalla del televisor, como si Madonev se hubiera puesto una flor gigante sobre la cabeza. “Algún día lloverá tanto que querrá volver el río, y con el río volverán las ovejas y los pastos y los árboles, y la gente y los coches tendrán que irse. Siempre vamos y venimos, Macús, pero la gente quiere olvidarlo”. Su hija le pregunta cómo pueden ayudar al río a volver. Madonev le dice que se acerque y que camine junto a ella; y le cuenta que en su tierra, cuando un río se va, hay que buscar el lugar en la tierra en que se perdió, y quitar arbustos y ramas, como quien deshace una trenza, para que sepa que se le espera. Y entonces el río fluye.

Al anochecer, Madonev está sentada en su azotea viendo llegar las estrellas. Y cuando llega la vía láctea, se pone a bailar. Qué es ese ruido, preguntan los vecinos. Es Madonev y su hija que bailan en la azotea. Subieron todos y bailaron juntos hasta el amanecer, como una montaña que se movía. Macús se queda dormida de cansancio. Su madre la cubre y sueña que con un cuchillo de zinc, desciende hasta la autovía, deja pasar los coches, y junto al Centro Comercial, rasca y levanta la tierra, hasta encontrar un agujero. Macús en sueños deshace los nudos de brezos y matorral y llama al río. Ven río, mi madre Madonev te llama. Y un hilillo de agua clara viene y rebosa como savia o como leche.

Y su madre baila en la azotea, hasta caer rendida.

### El sueño de Al - Xaraf

Una mujer soñó con una región tan hermosa, que decidió recorrer la tierra para buscarla. A todos los que encontraba les iba preguntando. Si había alguien subido a una escalera arreglando las farolas de la calle, o metido bajo un coche, les decía:

“¿Habéis visto la región que he perdido...?”. Cuando les contaba como era, todos contestaban, ah, sí esa debe ser Al-Xaraf, y la iban guiando a lo largo de los caminos.

En algún momento de su vida, no sé si joven o ya vieja, llegó hasta allí, y abrió mucho los ojos; pero no vio nada que se pareciera a lo que había soñado. Los habitantes de aquella región vivían un mundo en continuo movimiento y construcción. Se despertaban cada mañana y salían con pesadez de sus sábanas de hilo, se lavaban con jabones recién abiertos, bostezaban y tomaban la leche de sus frigoríficos. Y, cuando iban al trabajo o llevan a los niños al colegio, siempre encontraban el mismo paisaje a su paso: albañiles y obreros que nunca se detienen, que traen y llevan carrillos de mano, manejan enormes grúas, colocan estructuras metálicas, andamios, vigas, pilares, esqueletos de alambre, o que vigilaban los giros de las hormigoneras, que a ella le parecían planetas fijos y ruidosos.

Como las abejas en su labor incesante, aquellos pueblos no hacían más que construirse una y otra vez, y en su actividad llevaban a rastras a todos sus habitantes; a los niños con sus patinetes, a los ancianos con las rodillas doloridas, a las mujeres que regresan cansadas, a los sonámbulos, a los

músicos, a los comerciantes; incluso a los perros callejeros. Como, si al detenerse, algo definitivo para sus vidas, pudiera morir.

La mujer preguntó a uno de aquellos obreros, que, con un casco azul, oteaba el horizonte desde el último piso de una casa en obras: “Eh, ¿hacia donde os dirigís...? ¿Qué plano es el que seguís, que no os detenéis nunca...?”. Sin dejar de mirar a la lejanía, le contestó que no sabía. “Buscamos un Bien del que nos han hablado y que otros ya conocen. Hemos oído hablar de otros pueblos en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste que se dirigen hacia nosotros con sus casas y sus moles de edificios, ocupando los campos intermedios con sus banderas de colores... Todos buscamos lo mismo. Vamos a unirnos con ellos, llenando todo vacío, hasta alcanzar ese misterioso Bien. No podemos dejar de crecer, antes de que lleguen los malos tiempos”. Un Bien así debe ser como un pan gigantesco, o un frutero que siempre derrama frutas, o un tesoro inagotable enterrado bajo tierra, pensó la mujer.

Otro día, no sé si en otro tiempo, la mujer vio llegar a un mensajero. Traía noticias de los otros pueblos. “En algún lugar ya han llegado al límite de la región, y no encontraron nada. Habían cubierto toda la tierra disponible, ocuparon los ríos y las lomas de los cerros, y después han crecido con sus bloques de piso hacia lo alto, como si el Bien viniera de los cielos. Pero nada. No han hallado ni rastro. Hay muchos que regresan, y se extiende el rumor de que el Bien que buscamos está enterrado en el corazón del lugar del que partimos”.

Los obreros se quedaron quietos, con el gesto grave. Por un momento dejaron de cavar y horadar la tierra. Las noticias se propagaron, y los habitantes del pueblo se fueron acercando, formando corrillos. Entonces un albañil comenzó a dar golpes con su pico sobre un muro de una nave, tan fuerte como para matar un mamut. Es más difícil deshacer algo; pero se consigue. Abrió en el muro un agujero, como una ventana. Y a través de ella se vieron los campos y la tierra blanca, como algo inesperado. Otros empezaron a imitarlo. Picaban un techo y aparecía el cielo azul, un ave migratoria o la copa verde de los olivos. Cada vez que algo aparece, celebraban una fiesta, y los paisajes, y los pozos blancos, y los caminos, iban quedando relucientes al sol, como los objetos de una alacena, recién sacados y limpios.

Con naturalidad y entusiasmo los habitantes se unieron a aquella demolición y se fueron organizando. Aparecieron los que sabían donde había que cavar, para encontrar los antiguos cauces de los arroyos y los ríos. Eran los que señalaban y nombraban los lugares; mientras otros levantaban los planos.

Algunos habitantes, con el pelo y la ropa blancos por el polvo, iban recogiendo escombros y apartándolos.

Muchos tenían dudas. ¿Quién es capaz de reducir una aglomeración de ladrillo así a una región, recuperar todo lo que había en aquella parcela, hasta que vuelva a ser una cabeza de alfiler llena de vida sobre la tierra...? Hacía falta una fuerza prodigiosa. Como para arrancar un árbol de cuajo, con raíces y todo.

La mujer, se puso manos a la obra, uniéndose a aquella actividad desmesurada. Parecía que aquello que todos buscaban, y la región de su sueño, eran la misma cosa. Y que, procedente del otro lado del tiempo y de la memoria, empujaba y horadaba, con la luz, la materia que lo cubría, hasta aparecer ante nuestros ojos.

Desde entonces no dejan de cavar. Derriban muros, abren vanos, recuperan la amplitud de los campos y el vacío necesario para que la vida retorne. Para que vuelvan las aves, los ríos y los árboles. Saben que está ahí, bajo sus pies, sobre sus cabezas, en el horizonte. Y solo tienen que abrirle paso.